

REFLEXIONES

(Post-Carnavalinas)

La ciencia Mensal que ha venido a sustituir, puede que con ventaja, a la antigua Quiromancia, señala un órgano humano como el más acusador de la personalidad. Los ojos. Cuantos tenemos la costumbre y el deber de observar, comprobamos que no solamente es el más importante para expresar el carácter, sino el más fiel, porque ni aún queriendo, sabe disimular. De aquí que su armonía con la boca constituya una fuente de revelaciones que quizá algún día nos atrevamos a profundizar.

Los ojos hablan casi siempre más que la lengua, porque cuando ésta va a colaborar en la pronunciación de una palabra, los ojos tienen dos expresiones: una, cuando la piensa y otra, cuando la dice.

Todos imaginan—porque lo practican—que el lenguaje o dialecto ocular, tiene un diccionario más amplio en tonalidades de expresión y mucho más comprensible que el de la lengua más rica. Ningún gramático desde Aristóteles hasta Benot, ha formulado las reglas de esta lengua, más antigua que el sánscrito, y sin embargo, en todos los países del planeta, las reglas son invariables. Un chino sintoniza con una valdepeñera y ella le comprende con mucha más facilidad, que quizás entienda los sutiles escritos de su novio, cuando navega gramaticalmente y sin piloto experto.

Cuando dos personas se miran por primera vez, una de ellas y a veces las dos, comprenden que pertenece cada una a distinto mundo moral e inteligente. De aquí mi, puede ser que arbitraria clasificación, en «seres perros» y «seres gatos», proveniente de este primer choque de miradas, entre reconocimiento, sondeo, y tanteo de fuerza. De él se saca el convencimiento, con pena a veces sentido, que uno de los dos es el dueño de la situación, que la voluntad del otro es esclava de la suya, y que esta persona dominadora, si es hombre, nos impresiona desagradablemente cuando volvemos a encontrarlo; y si es mujer, nos damos cuenta que no tiene más que sonreír al cruzar, para que la víctima encuentre dulcísimas las cadenas.

La mujer tiene un dominio ancestral aplicado a la mirada, del que nadie se libra. Es en ella arma ofensiva, defensiva, y raras veces inofensiva. No obstante su innata desconfianza y su profundo arte de enmascaramiento—o camoufflage, como se dice ahora en términos bélicos—, deja leer sin darse cuenta, en sus ojos.

Dad una vuelta por un paseo y observad.

Vereis ojos grises como lagos tranquilos, que simulando mostrar los pensamientos dormidos como lo estaba Lázaro, y que pareciendo vagos e indiferentes, aguardan, sin embargo, la iniciación del «levántate y anda». Son simas en las que pueden caer los más duchos, y en las que caemos todos muy a menudo.

Vereis otros agresivos, inquisitoriales, hostiles, policíacos, que parecen esperar otros más fogosos que imperen sobre ellos y los hagan bajarse. Ante estos ojos suelen huir los hombres, y en ellos seguramente se anegan los que no llegan por completo a serlo. Son haces de bayonetas en las que se clavan los que intentan la aventura de dominarlos.

Vereis otros suplicantes, humildes, que tienen miedo de que parezca mucho lo que piden o de que parezca poco lo que prometen. Son los ojos claros, los ojos serenos del madrigal de Cetina, los ojos cristianos que hacen el milagro de los panes y los peces.

En cambio otros son desconfiados, interrogadores, y desconfiados, ciertos y confunden bajo las finas y retocadas cejas, que son, sobre ellos, a manera de un birrete de profesor. Otros son burlones y pícaros y florecen epigramas y bromas en su negro manto de estudiante de Salamanca.

Y así habéis visto desfilar estos días, interrogadores, tímidos, osados, burlones, desconfiados, agresivos, piadosos, dulces, los ejes del diccionario universal, en los que cada palabra muda es un carácter. Cada mujer lleva en sus ojos los deseos que no puede velar y la voluntad que marca su carácter personal.

¡Qué pocos tímidos y dulces coronan una boca indulgente y piadosa, símbolo mensal del idealismo, que se oculta tímido en el reinado de Sus Majestades la benedictina, el tango argentino, y el Cine opaco!

El idealismo es varón. Mal año para él.

J. García Caminero

(Prohibida la reproducción)

Los respectivos padres de nuestro director, de nuestro redactor-jefe, y de nuestro redactor de salones, son forasteros. No hay duda. ¿Patrocinaron alguna vez, alguna in-moralidad?

Este número se ha sometido a la censura.

¿Paz a los caídos?

Paz a los caídos, dice la gente, puesto que éstos, después de ocupar un *alto* cargo social, cayeron acaso para no levantarse nunca.

Paz para los muertos, pide la gente, puesto que aquéllos no podrán defenderse de nuestros ataques.

Paz a los *upetistas*, dice la gente también, puesto que nunca más volverán a mandar.

Conformes estamos con lo primero, puesto que el que cae para no levantarse nunca, es igual que el gusano que se arrastra por la tierra húmeda viviendo a expensas de la bondad humana.

Conformes estamos con lo segundo, ya que los muertos son dignos merecedores de nuestros respetos según ordenan los preceptos cristianos.

Pero con lo que no estamos conformes, no podemos estarlo, es con lo tercero, con la paz a los *upetistas*, a los *upetistas* que mandaron, puesto que ellos, abusando de unos cargos que por chiripa desempeñaron, no hicieron otra cosa que zaherir; los unos, los de aquí, a sus paisanos; los otros, los forasteros, los que pretendían adoptividades, etc, etc, a este hidalgo y hospitalario pueblo, que si bien es cierto siempre se vanaglorió de atender a sus huéspedes y visitantes con afecto y cariño excesivos, hoy, hoy vería con suprema satisfacción el desfile para sus tierras respectivas de algunos de ellos (*upetistas*, se entiende).

Y ahora, sentado el anterior precedente, nos tomamos la libertad de manifestar nuestro más hondo sentir, a aquéllos que perdieron la credencial de concejal, dejaron de ser don Fulano o don Mengano para convertirse en el contertulio del zapatero X o en el cotidiano huésped del barbero Z.

Continúan las obras del Mercado

(De inserción obligatoria)

†
EL JOVEN
Francisco Valero Naranjo

Falleció en Valdepeñas el día 10 de Marzo de 1930

A LOS 20 AÑOS DE EDAD

Después de recibir los Santos Sacramentos

R. I. P.

Sus desconsolados padres don Pedro y doña Juana; hermanos don Vicente, don Faustino, doña Visitación, doña Francisca y doña Dolores, tíos, primos y demás familia,

Tienen el sentimiento de participar tan sensible pérdida y le suplican una oración y un recuerdo.

LOS NUEVOS RICOS

Acaso no se hizo nunca deliberadamente: mas es lo cierto que los Gobiernos—casi todos los Gobiernos españoles—han tenido empeño especial en dejar sin cultivo un elevadísimo número de cerebros. A tal punto se tuvo descuidada la enseñanza que, aún hoy, la cartera de Instrucción es cartera de entrada; es decir, cartera de poca importancia, ministerio de escasa monta, cargo de noveles en los que los errores lógicos de todo novel, pueden dejarse de tener en cuenta.

Mas, a pesar de esto, la cultura, a fuerza de fuerza, ha despejado la cerrazón de muchos millares de inteligencias. Y los cerebros se han cultivado. Y se han cultivado a tal punto que hoy no hay como antes hubo una mayoría indiferente cuya única preocupación era tener pronto el coeido, poniendo por todo comentario a cualquier acontecimiento una muestra de incompreensión, primero, y de desdén después. Hoy, por el contrario, se lee, se estudia; la gente se apasiona y discute; comenta, razona, analiza...

Pero la gente que se vé con una mediana cultura de repente, en breve espacio al menos, son como el pobre al que la fortuna otorgó una herencia inesperada: el automóvil, la casa churrigueresca, los guantes de gamuza que pugnan por forrar las callosas manos, el bastón de malaca,—suprema aspiración de los nuevos ricos—las botas de charol y ante... Y el gesto de desdén, la sonrisa de suficiencia, la soberbia, la vanidad; y, al servicio de ésta, la voluntad que ya no ha de distraerse en lograr el pan de todos los días...

El nuevo intelectual—a semejanza del nuevo rico—discute y analiza,—desde un plan de superhombre, desde la cumbre de su rápido encumbramiento,—soberbiamente, vanidosamente, repitiendo tópicos y frases huecas

que son lo único que, por su poco peso, sobrenada en el mar proceloso de su cultura de aluvión. El nuevo intelectual cree sinceramente, —engañado por el espejuelo de su cultura de hoy tan en contraste con su inopia de ayer— que, a cada paso, descubre la piedra filosofal; que sus conceptos son nuevecitos; que sus frases nadie las pronunció jamás. Y, envueltos en esta creencia, su vanidad y su soberbia van en *crescendo* y aspiran, como meta de su ideal, al gobierno...

Nosotros creemos, sin embargo, que los pueblos no deben fiarse mucho de ellos: financieros noveles en el mercado de la cultura, cometerán errores irreparables...

¿Podría decirnos el ex alcalde de la dictadura, de dónde se sacaron las pesetas que se gastaron en los viajes de las hues-tes upetistas a Madrid?

REVISIONES

GUIA DE CASADAS

Los libros nuevos sobre temas femeninos se suceden sin interrupción. He aquí el título sugestivo de uno que acaba de aparecer en Madrid: *Guía de casadas*. Está escrito por un fino psicólogo, el profesor y dramaturgo don Pedro García Marín, quien ha querido hacer un tratado serio y moral, aún en los puntos íntimos y reservados. Audaz empresa en la que propone medios para vivir con posible felicidad en el matrimonio, y avisos interesantes para llegar a él, logrando un partido conforme a pretensiones razonables. Por eso, además de una guía práctica para casadas, el autor ha completado su obra con un consiliario para casaderas. El autor es un sincero ortodoxo y su obra no vulnera en nada la ética común de la mujer española.

El autor no se ha propuesto escribir un libro con finalidad higiénica del tipo Monlau, ni tampoco un horario místico de la catadura del de la Perfecta Casada del glorioso Fr. Luis. No. Es una obra completamente distinta de todo eso. Es una rara obra, en verdad bien original, donde campea la mundología de buena ley. Con un estilo lleno de un personalísimo gracejo, el autor captura el ingenio más vivo y lo somete a un verdadero suplicio para que «cante» todos los ardidés conocidos a fin de que puestos en juego por la mujer casada contribuyan a mantener el ascua viva del amor de su marido a través de esta azarosa vida y se sostenga el encanto auroral de la llamada «interminable luna de miel».

La lectura de este libro resulta muy regocijada y, a veces, hilarante. Son formidables algunos de sus atisbos psicológicos. Este autor ortodoxo, pero sincero, no tiene reparo en declarar lo bueno que hay en las llamadas «mujeres malas», de las que tienen algo que aprender las «mujeres buenas». ¡Que no todo el monte es orégano! Por eso se leen lijeas tan elocuentes como estas: «Las buenas, ¡quién lo diría! tienen